

La im-posibilidad de la escritura de la historia en textos de Montoneros y *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez*

Juan Pablo Neyret

[...] y a otras cosas que hago para ganarme la vida y que llamo periodismo, aunque no es periodismo.

Rodolfo Walsh, *Operación masacre*

Entonces tengo que escribir. Uno de todos nosotros tiene que escribir si es que esto va a ser contado.

Julio Cortázar, "Las babas del diablo"



El 13 de septiembre de 1974 se edita el ejemplar Año 1, Nº 9, de la revista *La Causa Peronista*, órgano de difusión del movimiento peronista Montoneros. En su tapa puede verse el título de la nota central, "Cómo murió Aramburu", atribuida al relato de Mario Firmenich y Norma Arrostito¹. Sin embargo, al principio de éste opera un enunciador en tercera persona que introduce el relato y enumera los objetivos perseguidos con el secuestro y ejecución del ex dictador general Pedro Eugenio Aramburu, ocurridos más de cuatro años atrás, el 29 de mayo y el 1 de junio, respectivamente, de 1970.

Lo primero que llama la atención es la distancia temporal entre los hechos y su narración. ¿Por qué en 1974, y no antes, ni más tarde? Es imprescindible tener en cuenta que el 6 de septiembre, tres días después de la aparición de *La Causa Peronista*, Montoneros anuncia públicamente su paso a la clandestinidad, con lo cual el texto pasa, a su vez, a convertirse en el acto fundacional de un nuevo tipo

de discurso, formulado desde el margen, un margen también respecto del propio gobierno peronista, ya en manos de María Estela Martínez "Isabel", tras la muerte de Juan Domingo Perón el 1 de julio de ese mismo año².

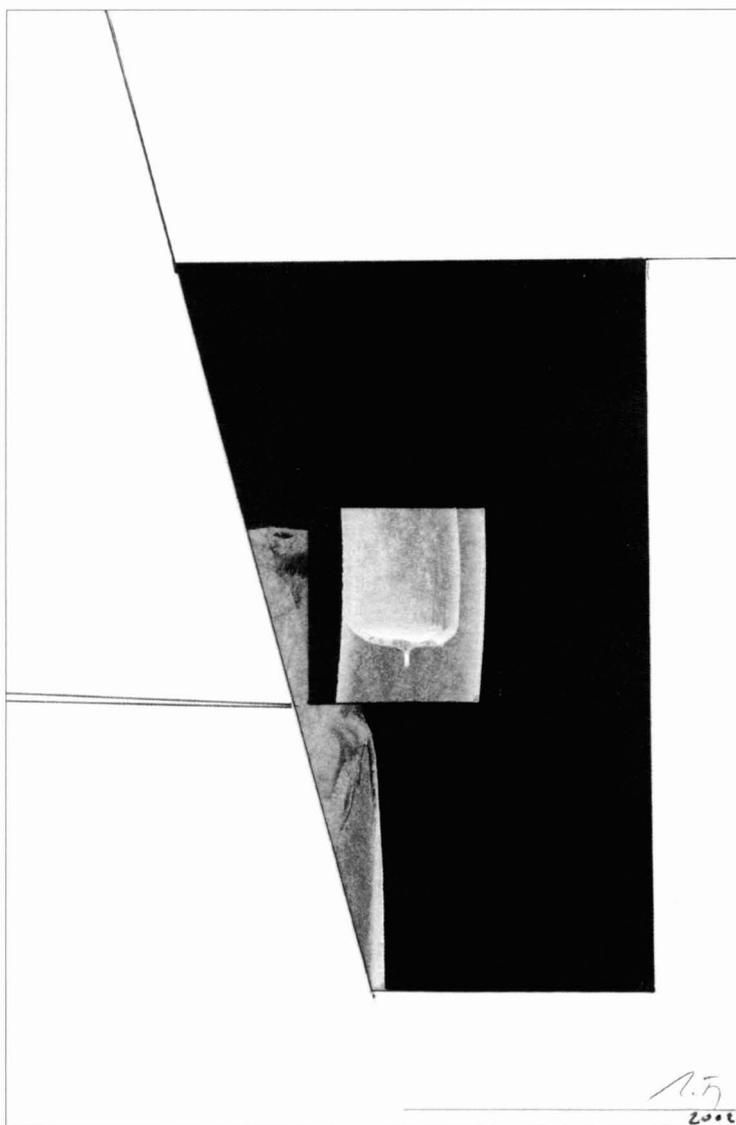
Es llamativo que, por dar sólo dos ejemplos, ni José Pablo Feinmann en su ensayo "Política y verdad" (1988), dedicado a tratar la toma del poder como forma de la construcción de una verdad, ni Silvia Sigal y Eliseo Verón en su libro *Perón o muerte* (1988), que consagra íntegramente su tercera parte a estudiar la enunciación de la Juventud Peronista en los '70, hagan mención del relato "Cómo murió Aramburu". Ambos se detienen en los fundamentos discursivos del fenómeno peronista (tal, el subtítulo de Sigal/Verón) en general y literarios en particular del discurso de la JP, pero omiten este texto fundacional³.

Durante años, circuló la versión de que el ajusticiamiento de Aramburu no fue una operación de

un comando guerrillero sino un crimen por encargo del general Francisco Imaz, Ministro del Interior de la dictadura de Juan Carlos Onganía (1966-1970), contra la cual el ex presidente *de facto* de la autodenominada Revolución Libertadora, que derrocó a Perón en 1955, preparaba, en efecto, un complot⁴. Esta hipótesis nunca pudo probarse, a pesar de la literatura escrita al respecto⁵. La cuestión que conlleva, para nuestro interés, es la de la autoría del relato, ya que esta versión atribuye dicha autoría a los servicios de Inteligencia del Estado.

Tomás Eloy Martínez mismo nos señaló que el texto es, efectivamente, de Firmenich y Arrostito, según lo testificó uno de los participantes en el secuestro y ejecución de Aramburu⁶. Sin embargo, queda abierta la posibilidad de que un tercero haya “literaturizado” el relato, en el que se verifica una notable administración de la tensión narrativa y recursos poéticos como construcciones anafóricas y metáforas.

Tal vez la identificación con el mejor escritor y periodista de ese momento —y, por supuesto, militante montonero— sea la que nos conduce hacia la pluma de Rodolfo Walsh. Incluso, parece indicarlo la vinculación que se le atribuye con el denominado “Operativo Pindapoy” por parte de distintos actores. En principio, en su ejemplar Año I, N° 7, la revista *Evita Montonera* —sucesora de *La Causa Peronista*—, en un artículo titulado “El mejor servicio de informaciones es el pueblo”, le dice a Walsh, a cargo del Servicio de Informaciones montonero: “Aramburu, Villar, los Born, la fábrica de armas Halcón, el Hércules y muchos otros fueron posibles porque compañeros como usted nos pasaron la información necesaria” (cit. en Vinelli, 2002: 31). Sin embargo, Walsh no militó en el área Informaciones e Inteligencia sino hasta 1973 (ibídem: 40).



Pero por su parte, contrariamente, el propio Firmenich declara en el documental *Operación Walsh*, dirigido por Gustavo Gordillo, que “la presencia de Rodolfo Walsh está ahí, en el origen del hecho que determina el nacimiento público de Montoneros y que marca toda la historia posterior” (cit. en Monteagudo, 2000). En una carta fechada en Barcelona el 17 de mayo de 2000 y dirigida al periodista del diario porteño *La Nación*, Jorge Camarasa, Firmenich asevera que “la verdad histórica sobre la detención, juicio revolucionario y fusilamiento del Gral. Aramburu [...] es la que se encuentra en los comunicados emitidos entonces por la organización

Montoneros así como en todas mis declaraciones públicas al respecto” (Firmenich, 2000).

Una fuente reservada, de máxima confianza, señala que el propio Firmenich “no era inhábil para el oficio” de la escritura, pero agrega que un tercer montonero, no identificado, pero también con habilidades literarias, podría haber sido quien se hizo cargo de la redacción final del texto. O bien, dice, si no, podría haberse tratado del poeta y militante montonero Francisco “Paco” Urondo, quien tenía un rango más alto en la organización. Para descartar que se tratara de Walsh, señala que “Cómo murió Aramburu” “no tiene su lenguaje ni su concisión” y que, además, el actualmente detenido-desaparecido⁷ se opuso explícitamente a la publicación del relato.

Cabe agregar que Walsh incluyó como punto 37 de *Operación masacre* una suerte de epílogo titulado “Aramburu y el juicio histórico”, transcripto en bastardilla, lo que lo diferencia del resto del libro. Allí toma como fuentes los comunicados que Montoneros emitió entre mayo y junio de 1970, que se constituyen en el pre-texto tanto de este segmento como en el de “Cómo murió Aramburu” y de buena parte del Capítulo Diez de *La novela de Perón*.

Montoneros de novela

Si “Cómo murió Aramburu” es un texto histórico teñido de literatura, *La novela de Perón* no es menos un texto literario tejido, en palabras de su autor, “sobre el bastidor de la historia” (Neyret, 2002). Y del periodismo, podemos añadir, que tantas veces ha sido considerado una primera versión de la historia. De hecho, el pre-texto más lejano que se puede encontrar de *La novela de Perón*, “Perón sueña con la muerte”, se ubica originariamente el 8 de abril de 1970 como crónica periodística de Martínez, recopilada en 1979 en el volumen *Lugar común la muerte*, que ha contado con sucesivas reediciones corregidas y aumentadas. (No resulta casual, pues, que *La novela de Perón* se inicie con un sueño del general.) También deben tenerse en cuenta las entrevistas personales de Martínez con Perón, datadas el 29 de junio de 1966 y el 26 de marzo de 1970, ambas durante el exilio del general en Madrid, materia prima de las “Memorias” de la novela, así como del documento titulado, precisamente, *Las memorias del general*. Estos mismos pre-textos periodísticos serán puestos en cuestión por el propio Martínez en *La novela de Perón* (Calabrese, 1994: 66).

La crítica se ha detenido, por lo general, en el “duelo de versiones narrativas con el discurso de la historia oficial” (Coira, 1994: 167) —el concepto es de Martínez— de *La novela de Perón*, a través del citado contrapunto entre las Memorias, cuya redacción el general confía a su secretario, José López Rega, y las Contramemorias, que elabora el periodista Emiliano Zamora para la revista *Horizonte*. Pocos han reparado en la versión de “Cómo murió Aramburu” que se realiza en el Capítulo Diez, no casualmente el centro de la novela.

Este capítulo se inicia, precisamente, con un paratexto (acápite) atribuido a Perón en una entrevista, donde el general dice: “Del segundo [Aramburu] se encargará el pueblo alguna vez. El pueblo no dejará sin venganza los estropicios que nos hizo ese canalla. [...] Esos crímenes nunca quedan impunes” (193). Esta afirmación documental se verá ratificada por la carta que Perón entrega a los Montoneros, fechada en Madrid el 20 de febrero de 1971, en la que les dice a los guerrilleros que “Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas” (Perón, 1971), en respuesta a la carta de Montoneros del 9 de febrero del mismo año, donde éstos le pedían al líder “su palabra esclarecedora acerca de esta hipotética contradicción entre sus planes y nuestro accionar” (Montoneros, 1971).

Las primeras palabras del Capítulo Diez son dichas por el personaje del montonero Abelardo “Nun” Antezana y resultan harto significativas: “Yo maté al general Pedro Eugenio Aramburu” (193). Se trata de una entrevista con Zamora, en el Café Gijón de Madrid, en 1971. Poco más adelante en el texto, Nun le dice al periodista:

—Fuimos [...] trece personas las que formamos la célula inicial de Montoneros. Diez intervinimos en el secuestro de Aramburu. Seis decretamos su sentencia de muerte. El día en que Perón regrese a Buenos Aires, las cuentas no serán ésas. Se hablará de doce y no de trece fundadores. De cinco jueces. Se omitirá mi nombre. Quedaré para siempre fuera de esa justicia. Yo aparezco tan sólo en el papel que te he mostrado, Zamora. Y ahora tengo que destruirlo. (201)

¿De qué papel habla Antezana? De un “Informe al general Perón sobre la Operación [sic] Pindapoy

/ Comando Juan José Valle” (197), firmado por “Fernando Abal Medina, Carlos Gustavo Ramus, Abelardo Antezana” (ibídem), que no es otro texto que “Cómo murió Aramburu”, salvo que, recordemos, éste se publicó en 1974 y el encuentro entre Antezana y Zamora tiene lugar en 1971. Esta manipulación del documento histórico por parte de Martínez y el anacronismo deliberado no hacen sino remitir a la filiación de su escritura con la de Jorge Luis Borges.

Sin embargo, Martínez —como todo buen periodista y, por qué no, novelista— cotejó, como ya se dijo, la fuente de “Cómo murió Aramburu” con el relato de otro testigo presencial del secuestro y fusilamiento, un montonero juzgado y sentenciado por el hecho, quien le confirmó paso a paso la versión de Firmenich y Arrostito⁸. La otra fuente, citada en el texto, es, al decir de Antezana, “el compañero Rodolfo Walsh” (201), quien “ha contado con claridad extrema las razones que nos llevaron a la ejecución” (ibídem). E inmediatamente se transcriben, en bastardilla, pasajes del citado segmento de *Operación masacre* “Aramburu y el juicio histórico”.

Es preciso detenerse en este punto porque, en su obra, Walsh se atiene por momentos textualmente a los comunicados de Montoneros de 1970, en tanto Martínez reproduce, a su vez, la versión de su colega pero levemente alterada. Así, en *La novela de Perón* se lee, atribuido por Antezana a Walsh: “Aramburu fue ajusticiado a las siete de la mañana del 1º de junio de 1970” (201). En *Operación masacre*, con sólo una palabra de diferencia: “Aramburu fue ejecutado a las 7 de la mañana del 1º de junio” (Walsh, 1988: 195). Y en el Comunicado N° 4 de la organización guerrillera, fechado, precisamente, el 1º de junio de 1970: “La conducción de MONTONEROS comunica que hoy a las 7.00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu”. Este detalle, por mínimo que parezca, permite inferir dos cuestiones: a) que Walsh transcribió la información del comunicado montonero; b) que Martínez, hábilmente, modificó una sola palabra para distanciarse léxicamente de la antedicha transcripción, pero que de todas maneras tuvo como fuente de segunda mano el texto de Montoneros.

La reescritura efectuada en el Capítulo Diez de *La novela de Perón*, en palabras de Martínez, se propone como una “parodia” de “Cómo murió Aramburu” para resaltar finalmente el desdén de Perón por los Montoneros⁹. De allí que le atribuya al general, cuando Antezana le entrega el supuesto informe, estas palabras, relativas a la última pala-

bra pronunciada por Aramburu, según el texto de Firmenich y Arrostito: “Esa palabra es imposible: *Proceda*, me advirtió Perón. ¿A qué hombre se ha visto hablar con un pañuelo dentro de la boca?” (204)¹⁰. Sin embargo, Antezana concluye: “Resolví dejar el relato de Fernando [Abal Medina] tal cual. No voy a ser yo quien corrija la palabra final que puso él en boca de Aramburu” (204). Aun así, no es ocioso recordar que, como señalara Manuel Puig, uno de sus buenos cultores, la parodia “implica una actitud contradictoria, a la vez de homenaje y distanciamiento: se parodia lo que aún pesa como modelo rector” (Epple, 1994: 79).

No escapa a nuestro conocimiento que el Capítulo Diez postula la relatividad de toda verdad desde su mismo título, “Los ojos de la mosca”. Esta relativización del saber historiográfico que, según Fernando Ainsa (1996), caracteriza a la nueva novela histórica hispanoamericana, es expresada en la alusión a los omatidios de este insecto que hace Perón:

Vean esos ojos. Ocupan casi toda la cabeza. Son ojos muy extraños, de cuatro mil facetas. Cada uno de esos ojos ve cuatro mil pedazos diferentes de la realidad. A mi abuela Dominga le impresionaban mucho. Juan, me decía: ¿qué ve una mosca? ¿Ve cuatro mil verdades, o una verdad partida en cuatro mil pedazos? Y yo nunca sabía qué contestarle... (214)

Martínez no hace en este capítulo sino reduplicar el cuestionamiento de una verdad única que postula el “duelo” entre las Memorias y las Contramemorias. Esto es lo que, sin duda, se pretende con la “contraversión” de Antezana. Sin embargo, en su reconstrucción indicial del pasado, el novelista se acerca notablemente a la tarea del historiador, según lo define, apelando a términos de la crítica literaria para referirse a la historiografía, Roger Chartier:

La intriga debe entenderse como una operación de conocimiento que no pertenece al orden de la retórica sino que plantea como central la posible inteligibilidad del fenómeno histórico, en su realidad borrada, a partir del cruce de sus huellas accesibles. (1992: 75)

“[L]a ‘mentira’ literaria pued[e] también cumplir una misión [...]: la de ser un complemento posible del acontecimiento histórico, su posible metáfora, su síntesis paradigmática”, dice Aínsa (1996: 9-10).

Y en esta batalla de palabras alza su voz “Cómo murió Aramburu”. Éste es el pre-texto ineludible del Capítulo Diez de *La novela de Perón*, la cual, al intentar demitificar la historia a través de la puesta en evidencia de su construcción discursiva (White, 1992a), por el contrario, y a causa de la naturaleza bivalente de esta misma operación —esto es, si la historia puede ser literatura, la literatura bien puede ser historia—, se sumerge de lleno en dicha historia. Es más: en el marco de su filiación walshiana, Martínez produce una nueva historia, en la que, corregido y aumentado, termina siendo finalmente rescatado el discurso de los Montoneros.

El fin de la historia

La mencionada pluralidad de versiones que caracteriza a *La novela de Perón* se hace patente ya desde uno de sus acápites iniciales, atribuido por el “autor” a Juan Perón en una entrevista:

Los argentinos, como usted sabe, nos caracterizamos por creer que tenemos siempre la verdad. A esta casa vienen muchos argentinos queriéndome vender una verdad distinta como si fuese la única. ¿Y yo, qué quiere que haga? ¡Les creo a todos! (6)

En este contexto de relativismo podemos preguntarnos del mismo modo quién es el “autor” de la novela. Los registros son múltiples. Por una parte, está el ya autodenominado como tal, transcriptor de las declaraciones de Perón en sendas entrevistas sostenidas el 29/6/66, que sirven de acápites a los capítulos Diez y Diecinueve, y el 26/3/70, correspondiente al citado acápite inicial; desde ya, no se puede omitir la coincidencia de fechas con aquéllas de las entrevistas realizadas por Martínez, de las que diéramos cuenta anteriormente. En segundo lugar —si tomamos como parámetro un progresivo alejamiento de la referencialidad que implica el uso mismo de la palabra “autor” y su condición atributiva—, encontramos, en una nota al pie¹¹, al que llamaremos “comentador”, quien detenta un saber particular que, si bien no alcanza para equipararlo con el anterior, asimismo, sin embargo, en un momento transcribe declaraciones formuladas por Perón también en 1970. Luego ubicamos en el Capítulo Catorce, significativamente titulado “Primera Persona”, al personaje Tomás Eloy Martínez, de profesión periodista, el cual, si bien ya ha hecho su aparición en el Capítulo Nueve, aquí narra desde una perspectiva homodie-

gética; además, ostenta notables coincidencias con, desde ya, el “transcriptor”, y con el “comentador”, puesto que entrevista a Perón en las mismas fechas. A lo largo de la novela, en varios casos asumiendo también la primera persona y por momentos haciendo lugar asimismo a una segunda persona de marcado tono autorreflexivo, el narrador es otro periodista, el citado Zamora, autor, a su vez, en la ficción, de las Contramemorias de Perón para *Horizonte*, y a quien podemos considerar el *alter ego* del personaje Tomás Eloy Martínez de *Santa Evita*, ya que a ambos se les atribuyen las mismas acciones en ambas novelas —lo cual, por reflejo, lo vuelve el otro yo del personaje Martínez de *La novela de Perón*—¹². A estas Contramemorias se oponen las Memorias de Perón, atribuidas en primera persona al general. Sin embargo, a pesar de la supuesta autorreferencialidad del discurso autobiográfico, en la novela se da a entender explícitamente que las Memorias son fraguadas en realidad por López Rega. Hemos dejado deliberadamente para el final al clásico narrador en tercera persona, heterodiegético, cuya principal función parece ser, ante todo, establecer los cronotopos de la historia, es decir, enlazar tiempos y espacios simultáneos o distintos. Pero a él habría que sumar, ahora sí por último, la figura del no-narrador, esto es, la inclusión *in medias res* de un informe policial al principio del Capítulo Once.

Esta enumeración de autores-narradores no es un mero catastro. Uno de los ejes de *La novela de Perón* es su pregunta por la posibilidad de escribir la historia. O bien su imposibilidad. Así se lo plantea, en el mismo Capítulo Diez, Antezana a Zamora, en una velada amenaza que más que remitirnos al terror literario por la página en blanco, nos lleva a pensar en el miedo concreto ante la muerte: “Yo maté al general Pedro Eugenio Aramburu. [...] Yo lo maté y vos nunca podrás escribirlo. Si lo hicieras, Zamora, sería tu fin. Se acabaría tu historia” (193).

Podemos leer esta frase literalmente como lo que en lenguaje coloquial se denomina una “apretada”. Pero cabe formular dos apreciaciones. Por una parte, la afirmación “Yo lo maté y vos nunca podrás escribirlo”, que antepone la acción a la palabra y parece negar la posibilidad de la historia como producción discursiva. Y por otra parte, la sentencia “Se acabaría tu historia”, notoriamente polisémica: el guerrillero se refiere en principio a la historia de vida personal del periodista, pero asimismo a la “historia” que éste tiene por misión testimoniar, misión que no es otra que la del personaje Tomás Eloy Martínez y a

la vez la del autodeclarado “autor” de esta novela histórica.

Ya hemos reparado en el tipo de historia que se cuenta en *La novela de Perón*, una historia tan sesgada en las Memorias del general, que en realidad escribe su lacayo, como en las Contramemorias que, al margen de la versión oficial, redacta Zamora. Sin embargo, el Capítulo Diez escenifica como ningún otro la pluralidad de voces que pueden narrar la historia. Recordemos, por ejemplo, que un personaje ficticio, Antezana, firma el informe a Perón de la “Operación Pindapoy” junto con dos personajes históricamente verificables (los líderes montoneros Abal Medina y Ramus), y que este mismo personaje invoca como autoridad el texto de no-ficción de un autor empírico, Rodolfo Walsh (que, no huelga el comentario, pasará a ser un personaje más en *Santa Evita*).

Respecto de la construcción discursiva de la historia pero, al mismo tiempo, su pretensión legítima de aprehensión de la realidad, escribe Chartier, replicándole en principio a Hayden White (1992a y 1992b):

[...] la comprensión histórica está construida, en efecto, en y por el relato en sí, por sus disposiciones y por sus composiciones. Pero hay dos formas de entender esta afirmación. Primero, puede significar que la intriga es en sí misma comprensión (y por lo tanto, que haya tantas comprensiones posibles como intrigas construidas) y que la inteligibilidad histórica sólo se mide con la vara de credibilidad que ofrece el relato. [...] Sin embargo, la proposición que relaciona narración y explicación puede tener otro sentido, si elabora los datos de la intriga como rasgos o índices que autorizan la reconstrucción, nunca sin incertidumbre pero siempre sometido a control, de las realidades que lo produjeron. (1992: 75)

En el Capítulo Diez, empero, parece establecerse un nuevo y último, aunque no definitivo, criterio de verdad. Según Antezana, la última palabra sobre los hechos habrá de corresponderle al mismo Perón. Retomamos y completamos una cita:

[...] El día en que Perón regrese a Buenos Aires, las cuentas no serán ésas. [...] Yo aparezco tan sólo en el papel que te he mostrado, Zamora. Y ahora tengo que destruirlo. *Son los designios del general*. (201, énfasis mío)

Este criterio se corresponde con una conversación que el personaje Tomás Eloy Martínez ha mantenido con Perón, hablando sobre Ernesto Guevara, y que evoca en el Capítulo Catorce (“Primera Persona”):

Yo le dije: Qué raro, General. Esa versión no coincide para nada con la historia. ¿Con cuál historia?, me cortó. La que cuenta el Che. ¿Cómo que no coincide?, dijo. *Tiene que coincidir*. (262, énfasis mío)

No podemos omitir, regresando al Capítulo Diez, la tentación en este sentido del propio periodista, en diálogo con Antezana, respecto del supuesto conocimiento de Zamora sobre el escondite del cadáver de Eva Perón:

—¿Y ahora qué vas a hacer, Zamora? Te ha caído una brasa en la mano. ¿Publicar la noticia? ¿Darte un baño de fama?

—Ver a Perón. Ofrecerle la historia. Preguntarle *cómo la escribiría él si estuviera en mi lugar*. (198, énfasis mío)

El saber deficiente —una nueva remisión a Borges— de Zamora es el que pone en peligro su vida. En efecto, Antezana le dice: “La mitad de lo que ya sabés te costaría la muerte. Ahora tenés que saberlo todo para seguir viviendo” (198). Para agregar: “Oí ahora, *porque estás condenado a callarte...*” (199, énfasis mío).

De lo expuesto podemos extraer al menos, si no dos conclusiones, dos cuestiones. Una, evidente, pero no por ello menos remarcable: que en un texto de 1985 llamado *La novela de Perón* alguien efectivamente escribe la historia. La palabra, pues, parece haber triunfado, aunque ignoremos el destino corrido por Zamora, si bien podemos imaginarlo, al funcionar como *alter ego* del Tomás Eloy Martínez personaje y “autor” de *La novela de Perón* y, diez años después, de *Santa Evita*.

La segunda cuestión abre un interrogante. La polifonía del Capítulo Diez de *La novela de Perón* y, en definitiva, de toda la obra ¿apunta —dijera Chartier— a que “haya tantas comprensiones posibles como intrigas construidas”; como voces enunciativas, agregamos? ¿O bien, por el contrario, “plantea como central la posible inteligibilidad del fenómeno histórico, en su realidad borrada, a partir del cruce de sus huellas accesibles”?

La mayor aproximación a una respuesta la hemos encontrado en la caracterización que Nuria Girona Fibla hace de un grupo de novelas históricas entre las que se cuenta como ejemplo privilegiado *La novela de Perón*: “En ellas no se niega la posibili-

dad de acceso al conocimiento pero sí se declara la complejidad del objeto interrogado y se dispersa la ilusión de una explicación totalizante” (1996: 23). El resto ya es tarea para el historiador. O para el novelista.

Bibliografía

Textos

Firmerich, Mario, y Arrostito, Norma, “Cómo murió Aramburu”, *La Causa Peronista*, Año 1, N° 9, Buenos Aires, 3/9/1974. Todas las citas corresponden a esta edición.

Martínez, Tomás Eloy [1985], *La novela de Perón*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

Montoneros, Comunicados N° 3 (31 de mayo), N° 4 (1° de junio) y N° 5 (15 de junio), *La Causa Peronista*, ed. cit.

—, Carta a Juan Domingo Perón (9/2/1971), *La Causa Peronista*, ed. cit.

Bibliografía consultada

Aínsa, Fernando, “Nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico”, *Casa de las Américas*, núm. 202, La Habana, 1996.

Calabrese, Elisa T., “Historias, versiones y contramemorias en la novela argentina actual”, en Elisa T. Calabrese *et al.*, *Itinerarios entre la ficción y la historia. Transdiscursividad en la literatura hispanoamericana y argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994.

Coira, María, “Referencia y comunicación en textos narrativos de ficción”, en Elisa Calabrese *et al.*, ob. cit., 1994.

Crespo, Marcelo, y Gómez, Germán, “Rodolfo Walsh, entre las palabras y las armas”, *Todo es Historia*, núm. 416, Buenos Aires, 2002.

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, traducción de Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992.

—, “La historia entre representación y construcción”, *Prismas. Anuario de historia intelectual*, núm. 2. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

Epple, Juan Armando, *El arte de recordar. Ensayos sobre la memoria cultural de Chile*, Santiago de Chile, Mosquito, 1994.

Feinmann, José Pablo, “Política y verdad”, en Saúl Sosnowski (comp.), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1988.

Firmerich, Mario, “Firmenich por Firmenich”. Carta a Jorge Camarasa, *La Nación*, Buenos Aires, 29 de mayo, 2000.

Foucault, Michel, “¿Qué es un autor?”, *Conjetural*, núm. 4, Buenos Aires, Sitio, 1984.

- Gillespie, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- Girona Fibla, Nuria, “Escribir la historia y escribir las historias. La novela argentina de los 80”, *Casa de las Américas*, 1996, ed. cit.
- Martínez, Tomás Eloy [1979], *Lugar común la muerte*, Buenos Aires, Brujuela, 1983.
- , *Las memorias del general*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- , [1995], *Santa Evita*, Buenos Aires, Planeta, 2000.
- Méndez, Eugenio, *Aramburu: el crimen imperfecto*, Buenos Aires, Planeta, 1988.
- Monteagudo, Luciano, “Retrato de un grande”, *Página/12*, Buenos Aires, 6/10/2000.
- Neyret, Juan Pablo, “Novela significa licencia para mentir”. Entrevista con Tomás Eloy Martínez. Revista electrónica de estudios literarios *Espéculo*, núm. 22, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2002.
- Perón, Juan Domingo, “A los compañeros Montoneros” (20/2/1970). Carta. *La Causa Peronista*, ed. cit.
- Rodríguez Molas, Ricardo, *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.
- Ruiz, Fernando J., *Las palabras son acciones. Historia política y profesional de La Opinión de Jacobo Timerman (1971-1977)*, Buenos Aires, Perfil, 2001.
- Sigal, Silvia, y Verón, Eliseo, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.
- Vinelli, Natalia, *ANCLA. Una experiencia de comunicación clandestina orientada por Rodolfo Walsh*. Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2002.
- Walsh, Rodolfo, *Operación masacre* [1957], Buenos Aires, De la Flor, 1988.
- White, Hayden, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992a.
- , *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, traducción de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992b.

notas

* El presente trabajo se inserta en el proyecto “Discursos bélicos en textos argentinos contemporáneos” que desarrollo en la cátedra Literatura Argentina II (Contemporánea) y en el marco del grupo “Historia y ficción”, de la Universidad Nacional de Mar del Plata, ambos a cargo de la doctora Elisa T. Calabrese, directora de esta investigación.

¹ El léxico utilizado para anunciar este relato puede conferirse en principio a una fuente oral: “Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan...” Como se verá posteriormente, este discurso estará altamente modalizado por la palabra escrita.

² Firmenich declaró el 6/9/74 al periodismo: “Como preveíamos el cierre de la revista *La Causa Peronista* nos pareció mejor apresurar esa publicación porque estábamos en deuda con el pueblo peronista sobre un hecho tan importante” (Eduardo Paredes, 1974). “En un abierto desafío al gobierno constitucional la agrupación Montoneros optó por marginarse de la ley” (*La Opinión*, Buenos Aires, 7 de septiembre, pág. 24; cit. en Ruiz, 2001: 196 n.).

³ Sigal y Verón hacen llegar su análisis hasta el discurso de Perón en Plaza de Mayo con oportunidad del Día Internacional del Trabajo, el 1 de mayo de 1974. Feinmann circunscribe su análisis del discurso de la Juventud Peronista al período 1970-1973. A pesar de señalar ambos trabajos la hegemonía de Montoneros —y el primero, de llevar por título una consigna de la agrupación—, el secuestro y ejecución de Aramburu sólo son mencionados tangencialmente y el texto de Firmenich y Arrostito, omitido.

⁴ Dice “Cómo murió Aramburu”: “Pero apenas se apagaba el grabador compartiendo con nosotros una comida o un descanso, [Aramburu] admitía que la situación del régimen no daba para más, y que sólo un gobierno de transición —para el que él se consideraba capacitado para ejercer— podía salvar la situación”.

⁵ Cf. Méndez (1988) y Rodríguez Molas (1985: 138-142).

⁶ Explica Martínez: “Si salió en *La Causa Peronista*, sería dudar de un tipo íntegro como Dardo Cabo, que era el director de la revista en ese momento. No ha habido nunca ningún signo de desmentida ni de Firmenich ni de Arrostito sobre este texto, ni de ningún montonero considerable. Nunca, ni [Horacio] Verbitsky, ni [Miguel] Bonasso, ni [Juan] Gelman, ni las personas que estaban involucradas en la publicación de *La Causa Peronista* desmienten este texto, que señala que es un acto de servicio” (Neyret, 2002).

⁷ La última mujer de Walsh recordó: “El viernes 25 [de marzo de 1977], un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada lo emboscó [...]. Pero no alcanzaron a evitar el disparo más certero de su mejor arma: media hora antes, Rodolfo había descargado en un buzón de Buenos Aires las primeras copias de la *Carta de un Escritor a la Junta Militar*” (Lilia Ferreyra, 21/3/1999, *Radar*, suplemento cultural de *Página/12*; cit. por Crespo y Gómez, 2002: 7). Testigos presenciales afirman que Rodolfo Walsh llegó ya muerto a las dependencias de la ESMA, donde funcionaba uno de los campos de concentración de la dictadura militar del “Proceso de Reorganización Nacional”. La *Carta de un Escritor a la Junta Militar* puede leerse en Walsh (1988: 205-213).

⁸ Sigue diciendo Martínez: “Te voy a contar un dato. Conozco una persona que estuvo ahí, cuyo nombre no puedo dar porque pagó el estar ahí con la cárcel, y también estuvo en la quinta de Timote [donde fue ajusticiado Aramburu]. Estuvo en ese episodio y me narró su versión, idéntica a la de Firmenich y Arrostito” (Neyret, 2002).

⁹ Al respecto, afirma: “El texto que yo escribo es un texto paródico, visto desde Nun. Sobre todo, porque la versión montonera era una versión guerrera de la historia. Entonces, me pareció que había que escribirlo en clave paródica, con una intención, según recuerdo. Mi intención era enfatizar el hecho de que Perón se estaba burlando todo el tiempo de los Montoneros. Los Montoneros tomaban a Perón en serio y Perón no los tomaba en serio a ellos. Y nunca los tomó en serio. Los tomó en serio mientras servían a sus fines y dejó de tomarlos en serio cuando dejaron de serle útiles, como la historia, por otra parte, lo prueba”.

¹⁰ En “Cómo murió Aramburu”, Firmenich relata: “Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola. [...] General —dijo Fernando—, vamos a proceder, —Proceda —dijo Aramburu”.

¹¹ Pág. 74.

¹² En el Capítulo Diez de *La novela de Perón*, el montonero Antezana le dice a Zamora: “Y la semana pasada te vimos en Gstaad, con Nahum Goldman. ¿Vas a escribir otra glorificación de los judíos?” (197). En el Capítulo 13 de *Santa Evita*, el personaje-narrador Tomás Eloy Martínez dice: “Yo acababa de regresar de Gstaad, donde había entrevistado

a Nahum Goldman, el presidente del Consejo Judío Mundial” (Martínez, 2000: 303). Cabe señalar el anacronismo de que mientras el primer texto ubica este encuentro en 1971, el segundo lo sitúa en 1970.